

Entrevista con Jaime Salinas

Jesús Marchamalo

Nos recibe en su casa, un ático luminoso situado en el Madrid más castizo, rodeado de calles con nombres sonoros —Puerta de Moros, Humilladero, Santisteban—, en la misma finca en la que vivió su infancia Pedro Salinas, según se lee en una placa que el Ayuntamiento ha colocado en la fachada. Desde el salón, un amplio ventanal se abre a un paisaje de tejados rojos, patios de colegio y cúpulas de iglesia coronadas de cruces.

Se fuma un par de cigarrillos a escondidas mientras hablamos, y se levanta de cuando en cuando a coger el teléfono, al que responde con un peculiar *Aló!*, de acento indefinido, que anticipa una conversación que puede proseguir en inglés, francés o castellano indistintamente.

Ha publicado recientemente en Tusquets el primer tomo de sus memorias, *Travesías*, libro por el que recibió el XVI Premio Comillas. Cuenta que muchas veces su vida se asemeja a una novela, y que es curioso el ejercicio de hacer memoria, porque ocurre que sin querer van aflorando recuerdos, y que es muy posible que entre ellos se cuele alguno que sea una fantasía, pero que al fin y al cabo se convierte en una imagen tan veraz como si realmente hubiera ocurrido. Y es en ese territorio de la memoria, mitad veraz mitad imaginario, en el que nos sumergimos.

—Comenzamos, si le parece, por el principio. Nace en Argelia, según cuenta en sus memorias, huyendo de su padre, incapaz de llevar el nacimiento de un hijo con tranquilidad.

—Sí, mi hermana había nacido en Sevilla, y los nervios de mi padre, según me contaron mis tías, habían hecho la vida imposible a mi madre, de modo que decidió tenerme en casa de mis abuelos, en Maison-Carrée, cerca de Argel, para poder estar más tranquila.

—De inmediato comienza a viajar. Su vida siempre aparece llena de barcos, paquebotes, trenes...

—Lo cierto es que viajó mucho, pero también es verdad que me encantaban los barcos y los trenes, de modo que siempre que tengo ocasión apro-

vecho para detenerme no sólo en la experiencia sino también en todos los detalles; cómo son los camarotes, los compartimentos, las estaciones... Pero sí, a los pocos meses, me embarco desde Argelia a la península, una travesía que repetiría varias veces al año hasta 1936, porque mi madre pasaba temporadas con mis abuelos, y yo iba con ella. Luego supe que algunos de esos viajes tenían que ver con los problemas de su matrimonio, y con las relaciones de Pedro Salinas con Catherine Whitmore, una estudiante norteamericana a la que había conocido en los cursos para extranjeros, pero eso fue mucho más tarde... Entonces yo no tenía ni idea de lo que estaba pasando, naturalmente.

—*En Madrid, sus padres vivían en la calle Príncipe de Vergara, una casa que los domingos visitaban Lorca, o Unamuno, o el librero León Sánchez Cuesta... ¿Qué recuerda de ellos?*

—En realidad, eran unos señores amigos de mi padre, y yo tenía con ellos la misma relación que tiene cualquier niño con los compañeros o los amigos de su padre. El hecho de que fueran poetas tampoco cambiaba mucho las cosas, ni era consciente en aquel momento de que fuera gente importante, salvo Unamuno que, no sabría decirle por qué, sí percibía que era alguien especial.

—*¿Y Lorca?*

—Hay que tener muy presente que la mía no es una percepción de adulto, sino los recuerdos de un niño de ocho años. Por ejemplo, lo que me gustaba de Lorca es que, de ese grupo de amigos que visitaba a mi padre, era el que más caso nos hacía a mi hermana y a mí. Dibujaba con mi hermana, se tiraba a cuatro patas para que yo me subiera a su espalda... Era una persona cariñosa, buena, entrañable. Cuando me enteré de que lo habían matado —estaba ya en Argelia con mi madre, y mi abuelo escuchaba la radio franquista, porque estaba sordo y era la que mejor oía—, recuerdo sobre todo la perplejidad que me produjo pensar que hubieran podido asesinar a una persona tan buena...

—*También Juan Ramón vivía cerca de su casa...*

—Sí, vivía en la calle Padilla, a cuatro manzanas de casa. Juan Ramón es otro capítulo. Nunca lo vi por casa, pero mi madre sí visitaba con frecuencia a Zenobia. Yo entonces no sabía por qué, pero intuía que las relaciones entre Juan Ramón y los demás eran malas. Y, debido por una parte

a su comportamiento, y por otra a las cosas que oía de él, no me caía especialmente bien. Y todo eso culminó el día en que me invitaron a merendar en su casa, y se me cayó la taza de chocolate encima de él. Su reacción fue tan desproporcionada..., me sentí tan humillado.

—*La verdad es que sí resulta curiosa esta visión de la generación del 27, de Salinas y sus amigos desde la perspectiva de un niño. Me pareció muy divertido lo que cuenta de Altolaguirre y su alfombra de piel de tigre...*

—Fue cuando estaba imprimiendo *Razón de Amor*, y recuerdo la desesperación de mi padre con las erratas. No sé cómo elegía Manolito a sus cajistas. Todos eran, eso sí, muy bien parecidos, y daba la impresión de escogerlos por su aspecto físico más que por sus habilidades con los tipos. Siempre estaban dispuestos a corregir, a enmendar, pero la verdad es que los libros salían plagados de erratas. Y recuerdo que cuando mi padre se desesperaba, Altolaguirre nos mandaba a su casa, con Concha Méndez, para que se apaciguara. Vivían en el mismo edificio donde tenían la imprenta, y en su casa había una alfombra de piel de tigre, con la cabeza y todo, y las fauces abiertas que a mí me entusiasmaba.

—*¿Cómo era la relación con su padre durante esos años?*

—En aquella época los niños veíamos poco a nuestros padres. Mi padre llegaba al final de la tarde, cuando ya estábamos bañados y cenados o a punto de cenar, y charlábamos un poco, bromeábamos. Me acuerdo de cuando salió *La voz a ti debida*, que yo la voceaba en casa imitando a los vendedores del diario *La Voz*, y le decía «la voz, ha salido la voz a ti debida», tampoco sé si le hacía mucha gracia.

Creo que no tuve nunca con mi padre unas relaciones estrechas, yo creo que porque no se llevaban en ese momento... Volvía de la escuela, me iba al cuarto de la plancha donde pasaba gran parte de mi tiempo con las muchachas, venía la costurera y escuchaba mucho todo el cotilleo que había allí, en fin... Era otra manera de educar.

—*En ese cuarto de la plancha es donde se entera de la proclamación de la República...*

—Es algo que yo entiendo a medias, porque las muchachas hablaban de la huelga, y de que ellas no podían hacer huelga. Gran parte de mi formación política proviene precisamente del cuarto de la plancha.

—*La guerra sorprende a su familia en Santander.*

—Si, desde 1934 íbamos parte del verano a Santander porque mi padre era secretario general de la Universidad Internacional. El verano del 36 nos marchamos, y unos días más tarde estalló la Guerra Civil. Yo me doy cuenta de que está pasando algo porque todas las mañanas bajaba a recoger el correo con el conserje y un día llegó el cartero y nos dijo que el tren no había llegado, que no había podido pasar de Valladolid. Tampoco le di entonces mucha importancia, y, de hecho, para mi hermana y para mí las primeras semanas de guerra fueron la libertad, porque mi padre y mi madre estaban en otros asuntos, y nosotros andábamos por allí correteando, con los milicianos, y jugando todo el tiempo. Los recuerdos de un niño de la guerra no tienen nada que ver con el horror.

—*En su casa de Madrid se pierde todo: los muebles, los cuadros, los libros de su padre, los manuscritos. Supongo que también todos sus juguetes, su ropa, ¿qué recuerda haber perdido?*

—A Santander nos llevamos la ropa de verano y poco más, ya que la idea era regresar en agosto para ir a Alicante, con mis abuelos, y luego volver en septiembre, pero nunca llegamos a hacerlo. Yo tenía los tesoros que se tienen a esa edad... tenía un muñeco baturro que me había regalado una amiga de mi madre. Luego, una cosa muy curiosa, el discurso de la *Negusa*, la mujer de Haile Selassie, que huyó del país cuando los italianos invadieron Abisinia ese año. Yo era muy pro Negus entonces.

—*Da la impresión en las memorias de que pretende siempre defender a su madre ante su padre. Su madre, que da la impresión de haber estado siempre en el lugar equivocado en el momento menos oportuno.*

—Al menos conscientemente no hay intención de defender a mi madre, porque su abnegación hacia mi padre era total, absoluta.

—*¿Cuándo se enteró de su intento de suicidio?*

—En realidad, no hace mucho. Yo noté en su día que pasaba algo raro, pero nunca supe qué. Muchos años más tarde, leí una entrevista con el encargado de un destacamento de la marina que había en Aranjuez, porque los Reyes tenían allí una pequeña flota para navegar por el río, y la República decidió mantenerlos, y contaba en esa entrevista cómo salvó a una

mujer que había intentado suicidarse, que era la mujer de un catedrático... Y no sé por qué, pero supe que se trataba de mi madre, tenía que ver con Whitmore, evidentemente.

—*¿Nunca hablaron de eso?*

—No, nunca. Hablar de esas cosas era absolutamente impensable. Cuando le pregunté a mi tía Andrea, años más tarde, me respondió que era algo que había ocurrido hacía mucho tiempo y que era un asunto que convenía olvidar.

—*¿Qué recuerda de su viaje a los EE UU?*

—Cuando estalla la guerra salimos de Santander. Mi padre se fue al Wellesley College como profesor, un viaje que ya tenía previsto, y mi madre y nosotros a casa de mis abuelos, en Argel. Después mi padre vino a buscarnos pero hubo un problema con la concesión de los visados, y tuvo que regresar sin nosotros, que viajamos unas semanas más tarde. La primera impresión de Nueva York, ya desde el barco, fue un tanto contradictoria, desde luego impresionante pero también desconcertante. Me pareció que Manhattan era un lugar demasiado pequeño, con aquellos edificios necesariamente tan altos. Nos hospedamos en un hotel, en una habitación del piso 20, imagine, y de allí fuimos ya al Wellesley.

—*Llegó sin saber inglés...*

—Sí, claro, cuando llegué no sabía una palabra. Me metieron en una escuela con clases especiales para niños y niñas con problemas, y recuerdo que no decía nada. Me preguntaban, me invitaban a hablar pero no contestaba, hasta que un día, de pronto, jugando béisbol me solté. Y fue muy divertido porque volví a casa gritando: ya sé inglés, ya sé inglés...

—*¿Hay un Jaime Salinas diferente en inglés, en francés, en español?*

—Yo diría que sí. El original de estas memorias estaba en inglés, francés o castellano dependiendo de los momentos. Y los editores decidieron traducirlo prácticamente todo para facilitar la lectura. Pero sí, hay partes de mi vida que están inevitablemente en otros idiomas, y que me resulta tremendamente difícil traducir.